

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCENCIA UNIVERSITARIA EN GEOGRAFIA

M^a Pilar de Torres Luna

Un geógrafo no se improvisa. Un buen docente de la Geografía tampoco. Ambos atributos, especialista y docente, bien asimilados y templados son fruto siempre de largos años de paciente, entusiasta y tenaz formación y aprendizaje. Más bien de práctica de unos hábitos que deben acompañar y enriquecer hasta hacer madurar con el paso del tiempo –y dar frutos– al profesional de la Geografía.

Estas breves ideas, quizá demasiado compendiadas, vienen a mi mente cuando se me pide un artículo de homenaje para un entrañable colega que, por imperativo cronológico adelantado, abandona la docencia “oficial” de la Geografía en la Escuela Universitaria de E.G.B. (antes Escuela Normal del Magisterio) de Santiago. Me estoy refiriendo a Francisco J. Río Barja, a quien una disposición de rango superior (en cumplimiento de recientísima legislación) aparta forzosamente de su cátedra sin haber alcanzado la hasta ahora edad reglamentaria de 70 años. Pero no quiero perder el hilo sino volver sobre el personaje y amigo. Río Barja ha sido además Profesor adjunto de Geografía de nuestra Universidad. Por sus aulas han pasado muchos centenares –miles me atrevería a decir– de alumnos que indefectiblemente ponderan, cuando se habla con ellos, las cualidades pedagógicas de este profesor, su saber “enseñar a aprender” como yo gusto decir cuando aludo a temas o cuestiones didácticas. Y se me ha pedido que con motivo de su jubilación sea yo quien abra el presente apartado de ADAXE en homenaje a este gran docente, honor que he aceptado de inmediato y muy agradecida.

Como en alguna conversación he hablado con el homenajeado del método geográfico en su más amplio sentido, y sobre todo de lo necesaria que es la formación de buenos profesionales –docentes o investigadores– de la Geografía, creo oportuno en esta ocasión hilvanar algunas de esas conversaciones didácticas. Conversaciones polarizadas en este caso en la enseñanza geográfica a base fundamentalmente del ejercicio práctico dentro y fuera del aula.

LA DOCENCIA TEORICA

Después de una larga carrera docente como ya va siendo la mía en la Universidad española, estoy llegando a conclusiones de un simplismo extraordinario y creo que también de una veracidad desprovista del menor ribete demagógico. Y entre ellas al siguiente convencimiento: si el profesor es, debe ser, un estudioso constante y de por vida, el alumno universitario que pasa por nuestras aulas no lo ha de ser menos en sus cortos años de permanencia en la Facultad de Geografía e Historia y especialmente en su Sección de Geografía. Ya decía con toda razón el Prof. Tricart (*L'enseignement de la Géographie au niveau universitaire*, Paris, 1968) que más que en otras disciplinas, en Geografía es “imperiosamente necesaria” una formación básica bastante larga. De cualquier forma, desde luego, la

labor del universitario debe ser doble: de formación y de información. Para lo cual habrá de asistir asiduamente a clase, escuchar atentamente las explicaciones del profesor (imprescindibles y de un gran valor formativo) recogiendo y estudiándolas cada día con el fin de no descuidar su preparación cíclica. Pero además el alumno deberá estudiar como complemento algún manual, práctica esta bastante desprestigiada y desusada en la Universidad en general y tengo para mí que más por comodidad del profesor que por otra causa. Soy defensora acérrima de este sistema porque así se logra, al menos, un doble objetivo: de una parte, que el alumno estudie y no pierda un hábito que desgraciadamente se tiende a postergar; de otra, permitir que el profesor explique con más detenimiento y hondura, incluso de forma monográfica, las lecciones más difíciles, más formativas o más interesantes. Es necesario realizar día a día esta labor conjunta de profesor y alumno.

La importancia de la lección teórica bien dada es decisiva porque con ella se trata, ni más ni menos, de suministrar a los alumnos no sólo los conocimientos geográficos fundamentales que les son precisos en cada asignatura sino de imbuirles del "espíritu geográfico", de esa sana inquietud por saber, que no se encuentra en una obra por especializada que sea ni en el mismo manual antes citado. La explicación o clase teórica, casi no habría que decirlo, debe ser cuidadosa y concienzudamente preparada por el profesor y será tanto más fecunda si la acomoda y combina con el tipo de alumnos a los que la imparte; para ello debe conocer las aptitudes, capacidad, preparación y nivel intelectual de los receptores, aspectos todos rotundamente reñidos con la masificación que está invadiendo nuestras aulas.

Para que la explicación teórica, que algunos pomposamente denominan "lección magistral", produzca los frutos necesarios, es precisa por parte del profesor una experiencia que sólo se adquiere investigando y enseñando a la vez y viendo, según pasa el tiempo, que no existen leyes pedagógicas inmutables ya que de un curso a otro suele cambiar el tipo de alumnos, como seguro es que va cambiando el profesor al adquirir una mayor madurez científica y pedagógica. En cualquier estadio de la carrera docente se deben distribuir las explicaciones y seleccionarlas de manera que se llegue a ofrecer a los estudiantes un panorama general de la disciplina geográfica de que se trate a lo largo del curso.

Por otra parte, la explicación o clase teórica debe reunir algunas virtudes pedagógicas fundamentales: ante todo claridad en el concepto y en el modo de expresión, pero también orden, concisión, rigor científico y, ¡por qué no!, corrección y belleza en el decir. Junto a estas cualidades necesarias a todo profesor, que en buena medida se pueden adquirir enseñando, bueno será también procurar llegar a ser ameno con el fin de que no decaiga la atención del alumno durante la clase ni a lo largo de todas las que escalonadamente suele recibir en larga sesión de mañana o tarde.

Voy a recalcarlo: ante todo claridad y orden. Pero para exponer con claridad, no lo olvidemos, es preciso que el profesor tenga en su mente los conceptos muy claros. En suma, ha de preparar la clase. Preparación y ordenación de ideas que puede comprender al menos tres etapas: acopio de los materiales necesarios (bibliográficos, de investigación, visuales, etc.); estudio y análisis de los mismos planteándose a un tiempo los problemas que el tema en cuestión presenta; en fin,

labor de síntesis y emisión del correspondiente juicio. Como colofón es imprescindible ordenar jerárquicamente las ideas. Y machacar y repetir cuantas veces sea necesario, apartando del alumno el peligro o la ilusión que le invade con frecuencia creyendo que asimila lo que entiende fácilmente, y huyendo el profesor de caer en el vulgaridad.

También debe huir el buen docente de Geografía de que sus explicaciones (sobre todo si repite iguales materias años seguidos) resulten “standard”, de que sus guiones se conviertan en “vitalicios”. Necesita, por el contrario, enriquecer su formación científica constantemente, ha de “estar al día”, incorporando a su acervo lo último y mejor que va apareciendo de la producción geográfica. Y debe, desde luego, entusiasmarse y fomentar en cada momento su vocación a la enseñanza de modo que su concentración sea máxima durante la clase.

No se me oculta, sin embargo, que todo este planteamiento teórico expuesto debería ser la meta anhelada por el profesor universitario aunque la encrucijada actual que está atravesando la Universidad española en general no permita en muchas ocasiones llegar a esa meta. El excesivo número de alumnos en los primeros cursos y el peligroso aumento que van experimentando en los dos años de la especialidad aquí en Santiago son, creo, de hecho, los principales enemigos. Desde luego lo son a la hora de querer atender convenientemente a todos en una clase práctica, en las horas de tutoría semanal o en las salidas de trabajo al campo.

LA DOCENCIA PRACTICA

La clase o formación práctica en Geografía es imprescindible e insustituible aunque no exclusiva y ello hay que tenerlo muy presente. Sin embargo no hay lección teórica a mi entender, por magistral que sea, que la haga innecesaria o la supla. Quizá en contados casos, cuando se explican cuestiones conceptuales, se pueda ahorrar la práctica pero eso sucede en un pequeño porcentaje de cualquier disciplina geográfica. Lo mejor, siempre que sea posible, será alternar o simultanear la teoría con la práctica.

Se pueden considerar como prácticas tanto las desarrolladas en clase, es decir, las que ponen en contacto al alumno con los materiales auxiliares del geógrafo, como las salidas al campo, en las que se pueden y deben obtener muchos de esos materiales de elaboración y uso posterior.

La misión o fin de estas clases prácticas es la de hacer entrar al alumno en contacto directo con la realidad geográfica y por consiguiente la de ayudarle a adquirir el verdadero método y técnicas de trabajo en nuestra disciplina, evitando así una formación exclusivamente teórica, a veces hasta verbalista, que está en total desacuerdo con el carácter de la Geografía.

La temática de prácticas a desarrollar es extraordinariamente amplia; tanto, al menos, como lo permite el número de asignaturas de Geografía del plan de estudios en cada caso y a su vez el programa de cada asignatura. Así pues, desde trabajos cartográficos topográficos, geológicos, edafológicos, agrológicos, climáticos, etc., hasta interpretación y elaboración de datos y planos catastrales; desde

la fotointerpretación a base de vuelos aéreos realizados en diversas fechas y a diferentes escalas hasta el comentario de fotografías oblícuas en blanco y negro o color. No olvidemos que la fotografía aérea es hoy una de las fuentes básicas en la investigación y docencia de la Geografía.

El valor de la diapositiva en la enseñanza de la Geografía

Todavía muchos profesores universitarios de Geografía piensan, como la mayoría de los alumnos, que la diapositiva o filmina es patrimonio poco menos que exclusivo de las disciplinas entroncadas directa o indirectamente con la Historia del Arte. Ninguno pondría en duda (todo lo contrario, parecería ausencia injustificable) que la explicación de un mosaico romano, o de una escultura de Miguel Angel, o de una pintura de Velázquez o Goya, quedaría incompleta sin el complemento visual de la imagen. En cambio, por desgracia, suele ser corriente que el alumno no eche en falta o no considere imprescindible ver en la pantalla de la clase de Geografía un paisaje de relieve tabular, el plano de una ciudad, la silueta del escalonamiento de una vegetación de montaña, la trama de un parcelario, un arrozal, diferentes formas de habitat, etc. Cuando se les muestra en clase ese material al principio quedan preocupados e incómodos porque imaginan que deben “acertar” o “adivinar” a qué país pertenece la imagen; después se van tranquilizando cuando comprueban que en el comentario a la diapositiva se cumple la teoría aprendida en los libros o notas tomadas en clase; finalmente se entusiasman al verificar que el documento fotográfico es la expresión plástica más cabal y ajustada de todo su aprendizaje. En ese momento la diapositiva geográfica ha cumplido su cometido.

El uso habitual de diapositivas en Geografía tiene sus inconvenientes y sus ventajas, si bien más de las segundas que de los primeros. Entre los inconvenientes se pueden aducir: necesidad de que el aula esté acondicionada para proyectar de modo al menos aceptable (iluminación adecuada al tiempo que oscurecimiento parcial, pantalla que reproduzca fielmente los colores...), toma de notas a media luz, que el proyector sea bueno. Todo lo cual se puede obviar concibiendo a la diapositiva y usándola como recopilación, repaso y fijación de ideas, es decir, como colofón. Por consiguiente se ha de mostrar después de las explicaciones teóricas del tema de que se trate. Y esa debería constituir la primera de las ventajas de su uso: el ser un repaso de las ideas principales de cada lección. Ideas que se pueden ampliar o adornar con algún detalle o comentario derivado que nos sugiera la diapositiva y que ayude al aprendizaje. Ideas que sin duda alguna se fijan mediante la imagen: si el alumno ve en pantalla un desierto, un bosque galería, un barrio residencial, no se le olvida ya. Una segunda ventaja es el motivar el comentario aplicado de lo ya sabido, haciendo al alumno tomar parte —cuando se considere oportuno— en ese comentario con lo cual se motiva la enseñanza activa, participativa y personalizada que tanto y con tanta razón se postula y pondera en la actualidad. En fin, una tercera ventaja, al parecer insignificante, es el gran aprovechamiento de tiempo que supone hacer atender a todo el colectivo de alumnos con una única imagen. Claro que esa imagen ha de reunir unas cuantas cualidades: la diapositiva ha de ser expresiva y clara, oportuna aunque sea polivalente y, en una palabra, ha de ser “colofón” según quedó dicho.

La proyección de una serie de diapositivas requiere una cuidadosa preparación previa, resultando casi siempre mucho mayor el tiempo empleado en su selección que el que permanece en pantalla. Preparación que exige del profesor una claridad de ideas y una capacidad de síntesis grande que le permitan hacerlas conectar con la imagen y proyectarlas con un orden lógico.

Quizá conviene terminar estas consideraciones con un ejemplo. Supongamos que en una lección de Geografía descriptiva se explica a los alumnos los paisajes vegetales de Africa. Es elemental que deben fijar al menos estas ideas:

- 1.- La distribución zonal de la vegetación africana está en estrecha dependencia con las coordenadas en que se inscribe el continente.
- 2.- La línea ecuatorial divide prácticamente por la mitad a Africa.
- 3.- Pasan también por este continente los trópicos de Cáncer y Capricornio.
- 4.- Los extremos septentrional y meridional de Africa penetran en las respectivas Zonas templadas del hemisferio norte y sur.
- 5.- La distribución de la topografía modifica de hecho ese marcado carácter zonal de la vegetación.

Las diapositivas suficientes para ilustrar y fijar las ideas anteriores pueden ser:

- Un mapamundi-croquis con las principales coordenadas. Y digo mapamundi y no solamente de la silueta de Africa con el fin de aludir a analogías y diferencias de este hecho con América del Sur.

- Varios aspectos del bosque ecuatorial: en una diapositiva de Zaire o Gabón se deberá ver la densidad de la masa arbórea; en otra su escalonamiento en pisos; en otra lo intrincada que la hace la trama del piso de lianas.

- Un manglar del delta del Níger.

- Varios aspectos de la sabana: sabana herbácea de la República Sudafricana o de Zambia; bosque parque de Kenya y primer plano de un baobab; vista aérea de un bosque galería de Camerún.

- Una estepa de gramíneas y espinosas de Tanzania.

- Aspectos del desierto, con ausencia total o parcial de vegetación, obtenidas en paisajes de Somalia, Namibia, Bostwana (Kalahari) y sur de Argelia (Sahara).

- Un oasis de Mauritania o Libia.

- Un aspecto de la garriga de Marruecos o República Sudafricana meridional.

- Cualquiera de los volcanes orientales con su entorno, para apreciar el escalonamiento altitudinal de la vegetación.

En total serían unas 15 ó 16 diapositivas que, con comentario oportuno y ajustado, pueden suponer una clase práctica después de tres o cuatro teóricas (no más) sobre el tema.

El lector se preguntará de dónde obtener ese material tan concreto. La respuesta es muy simple dada la abundante bibliografía de Geografía descriptiva existente en la actualidad en el mercado y, por supuesto, en los respectivos Departamentos universitarios. Basta con hojear esa bibliografía, elegir las ilustraciones pertinentes y diapositarlas. Algunas editoriales francesas y otras americanas ofrecen series de diapositivas, pero por propia experiencia puedo asegurar que

todavía en España es más fácil y rápido obtenerlas por el procedimiento que acabo de indicar (y hasta resultan más baratas) que importarlas, salvo que se vaya personalmente a hacerlas a esos u otros países donde también puede haber, a veces mezclado entre diapositivas de tema turístico, algo geográfico. Por desgracia la diapositiva geográfica todavía no ha entrado plena y normalmente en el mercado ni en la docencia. Y cuando lo haga, si lo llega a hacer, quizá ya habrá quedado desbancada por algún otro método visual o audiovisual.

El trabajo de campo en la formación geográfica

Si las prácticas realizadas en clase suelen tener como objeto principal la esquematización de los hechos geográficos, aunque se hagan sobre diapositivas o fotografía aérea, las salidas al campo tienen como objeto propio la realidad misma, el contacto directo con el paisaje sin encubrimiento alguno de esquema o teoría. Salidas que deben alternarse a lo largo del curso con las explicaciones teóricas y hacerlas con la mayor frecuencia posible; desde luego es muy aconsejable acompañarlas con la teoría porque así resultan mucho más provechosas. Si, por citar un ejemplo, se está explicando a los alumnos formas de relieve y se les saca al campo a observar trama de parcelas o recoger rotaciones de cultivos, habrá una disfunción que puede degenerar, por inoportuna, en pérdida del tiempo. Tampoco hay que caer en la excesiva polarización, en hacer observar a los alumnos un único aspecto; lo aconsejable es realizar las oportunas interconexiones de hechos geográficos pero sin perder el hilo conductor de la salida en cuestión.

La utilidad pedagógica (incluso de iniciación a la investigación para cursos de la licenciatura avanzados) de los trabajos de campo es innegable. A través de este medio y siempre con la orientación y dirección del profesor, el alumno tiene ocasión: por una parte, de comparar y confrontar sus conocimientos teóricos con la realidad; por otra, de familiarizarse con la observación, que es uno de los métodos y hábitos de formación intelectual más provechoso y más geográfico. Generalmente y por el ritmo mismo de la vida actual, ni el chico de la ciudad ni el de medio rural están acostumbrados a que el paisaje les enseñe nada. El alumno "ciudadano" porque sale al campo "de excursión", "a cambiar de aire" o de paso a otro lugar, dentro de un coche, y no se fija en lo que le rodea: ¡cuántos alumnos no han visto las patatas nada más que cocinadas, o un cordero sólo en chuletas, o ignoran que la castaña es el fruto de un árbol y no de una planta herbácea, o confunden un cereal en verde con el césped del parque!. Y no estoy exagerando sino citando experiencias propias de cuyos protagonistas guardo nombres y apellidos. El alumno "rural" porque huye de su medio ambiente diario, que en la mayoría de los casos soporta como mal menor, llegando a despreciar en cuanto puede, o a prescindir, de los elementos del paisaje ¡saliendo al campo a veces con un transistor conectado a toda potencia! ... Hay que decir, en descargo de unos y otros, que cuando se les "educa" la vista y la razón con óptica geográfica todos responden con gusto y hasta con entusiasmo. Pero lograr éxito en una salida al campo requiere su detenida y buena preparación previa.

Para los mejores maestros el trabajo de campo debe constar siempre de tres etapas: 1.- *Organización esmerada*. La elección del itinerario y la posibilidad de recorrerlo con arreglo a los planes previstos y trazados debe ser el punto de partida.

Si el profesor es concienzudo, y debería serlo, nada como que él realice previamente el itinerario que después recorrerá con los alumnos. Antes de la salida, y aprovechando la clase anterior más próxima a ella, se entregarán al alumno unas hojas preparadas en las que figuren, de una parte, el dibujo muy esquemático pero orientador, del camino a seguir con indicación (por medio del signo de una banderita por ejemplo) de las paradas a efectuar, y de otra, unas líneas redactadas en las que se digan el objetivo principal de la salida y los fenómenos más sobresalientes que se observarán en ella. Además de la entrega de este material, será buena preceder la salida de una exposición teórica ayudada de mapas, diapositivas y fotografías aéreas, de modo que el trabajo final sobre el terreno sea lo más provechoso posible. 2.- *Realización con arreglo a los planes previstos.* Ello dependerá de la época del año o curso de que se trate, de la duración de la salida (de medio día o de día entero) y desde luego de las horas reales de luz. De poco o nada servirá salir temprano si no amanece del todo hasta varios kilómetros andados de recorrido, o si hay niebla y no levanta hasta media mañana con lo cual la visibilidad es nula en las primeras horas, o regresar tarde y sin luz natural si no es deshaciendo camino pues es muy conveniente disponer de luz del día durante todo el trayecto. (Que no se extrañe el lector si estando como estamos en Galicia no me refiero a la lluvia. El geógrafo debe ser lo suficientemente estoico como para, si la precipitación no es muy fuerte y no va acompañada de niebla, realizar la salida con toda naturalidad). Hay que tener también en cuenta que, aunque variando según la época del año, las horas de luz cenital suelen ser malas para una correcta visibilidad y toma de material fotográfico, por lo cual conviene aprovechar este espacio de tiempo para comer, reposar un poco y comentar y recoger las principales ideas de lo visto durante la mañana. Lo ideal es plantear un recorrido a poder ser “redondo”, es decir, de ida hacia el oeste y de vuelta hacia el este. Con ello llevaremos siempre la luz a la espalda y si no es muy rasante nos permitirá una más correcta visión a la vez que nitidez y buena iluminación para la obtención de fotografías o películas.

Es muy importante calcular bien el tiempo de manera que se puedan hacer las correspondientes paradas en los puntos clave previamente seleccionados. En estas paradas el profesor, rodeado de los alumnos, los motivará a la observación, a que hagan preguntas, a que alguno más atrevido o natural de esa comarca haga algún comentario oportuno. Y a que todos tomen notas en su “Cuaderno de Campo” preparado al efecto, obtengan algún apunte del natural (morfología de un pueblo o aldea, alzado de una casa, clissérie de un paisaje cualquiera, dibujo de un parcelario...) y saquen fotografías o diapositivas expresivas. 3.- *Elaboración de los datos obtenidos.* Esta elaboración se debe hacer en equipo, conjuntando el material recogido por todos los alumnos de la clase o por grupos de aquellos a los que se les encomendó una observación determinada con más detenimiento. Por ejemplo para el estudio de asentamientos rurales, cuatro o cinco alumnos observarán la estructura externa de las entidades, otros tantos la interna, otros la disposición de las viviendas unas con respecto a otras, otros los materiales de construcción y los huecos de las casas, etc.

Todos estos materiales se vaciarán tratando de rellenar un guión-modelo que, por supuesto, ha de ser distinto según del área o espacio de que se trate. De esta forma los chicos aprenden a reunir material conjuntamente y a trabajar en

equipo, aprender a contrastar opiniones y a respetar mutuamente las de todos, aprenden a redactar correctamente y, por fin, a emitir alguna hipótesis de trabajo. En una palabra, se inician en los estudios de Geografía regional, tan queridos desde siempre por los mejores geógrafos.

Un ejemplo práctico, sobre territorio gallego, podría ilustrar este apartado de los trabajos de campo. Supongamos una corta salida de medio día al monte Castro, que está en la margen izquierda del Ulla y a pocos kilómetros de Santiago. Itinerario de ida y vuelta: Santiago-Castiñeiriño-Susana-Lestedo-Rivadulla-Ponte Ulla-monte Castro. Paradas: 1) San Mamed de Rivadulla (Vedra). Repaso del paisaje observado desde Santiago en la bajada de esta ciudad hacia el río Ulla y toma de notas sobre la ocupación del espacio. 2) Ponte Ulla (Vedra). Observación del valle del Ulla y de este asentamiento localizado en la vertiente derecha del río. 3) Puente del ferrocarril sobre el río. Impresionante panorama del valle del Ulla aguas abajo y de de su encajamiento en un filón de rocas duras sobresalientes. 4) Monte Castro (La Estrada). Observación del todavía amplio valle del Ulla aguas arriba, de pequeños afluentes que disecan su vertiente derecha dejando en resalte interfluvios tapizados de vegetación densa y en depresión áreas de labradío centradas por su respectiva aldea. Aguas abajo el río se encaja dándose una clara disimetría de las vertientes norte y sur, ocupadas por vegetación y cultivos respectivamente. Al fondo, en último plano, queda una hermosa vista de la depresión meridiana gallega a la latitud aproximada de Padrón y Pontecesures. Conclusión: hay que saber “leer” en el paisaje.

La encuesta, técnica geográfica de inestimable utilidad

La encuesta no es ni más ni menos que una técnica de trabajo en Geografía que encaja perfectamente como parte de nuestro método. Por otro lado es una apoyatura humana prácticamente imprescindible en cualquier trabajo de investigación o sencillamente de iniciación. De ahí su gran papel en la docencia. Hay que hacer “curioso” al alumno, es menester interesarlo en informarse de lo que le rodea, preguntando, al tiempo que recoge material plástico o estadístico y lee la bibliografía existente sobre el tema que desea conocer.

Simplificando mucho (para más detalle puede consultarse, por ejemplo, mi libro *Un modelo de encuesta rural para Galicia*, Santiago, 1981) diré que normalmente la encuesta se presenta de dos formas: oral y escrita. Ni que decir tiene que la viveza y precisión que se obtiene con la oral es mucho mayor que lo que nos puede ofrecer la escrita. Pero ésta se hace imprescindible cuando el espacio a investigar es amplio y no es posible llegar personalmente en una primera aproximación a todos los rincones. Entonces hasta es recomendable la “encuesta postal”, girada por correo a personas amables como curas párrocos, alcaldes pedáneos, secretarios de ayuntamiento, maestros... que en la mayoría de los casos están dispuestos a emplear una parte de su tiempo en colaborar con el geógrafo. Porque me estoy refiriendo a la encuesta geográfica realizada en Galicia, que tantos matices y contrastes presenta en sus paisajes, por ser región extensa y variada.

La encuesta oral puede, a su vez, revestir dos formas: una amplia (la que yo gusto y suelo denominar “encuesta-piloto”) y otra breve. La amplia en realidad es una encuesta que, bien elegida, sirve como muestreo de sectores distintos

dentro del área que se estudia y entendiendo por amplia la selección de 200 ó 300 preguntas oportunas para ser formuladas en varias sesiones y a varias personas de diversas edades (jóvenes, maduros, ancianos) que nos darán entre todos con sus opiniones una visión bastante ajustada de la realidad. Por ejemplo, para recoger información de un término municipal tan extenso como el de La Estrada bastaría, en principio, con realizar tres encuestas-piloto: 1) para las parroquias del Ulla y de los bajos valles de los ríos que en él desembocan se debería preguntar en Barcala, Cora, Santeles, Paradela y Castro, distribuyendo las cuestiones entre sus aldeas; 2) para las parroquias de transición entre el Ulla y la montaña habría que realizar esta encuesta amplia en aldeas de Lagartones, Cereijo, Vinseiro y el propio núcleo urbano de La Estrada; 3) finalmente el sector montañoso quedaría resuelto con encuestar en Codeseda o Sabucedo. La denominada encuesta breve consiste en la repetición de preguntas muy concretas de la encuesta amplia que no han quedado lo suficientemente explicitadas o claras, o que hay que matizar por haberse advertido una transición o un matiz que es necesario captar con exactitud (para el caso de un límite bioclimático, por ejemplo). Es, en mi opinión, una encuesta para “rellenar huecos” en la mayoría de las ocasiones. Huecos que, a veces, pueden rellenarse además de preguntando, saliendo al campo, observando y tomando notas.

Conviene recordar que no todos, geógrafos o aprendices, llegan a saber realizar una encuesta oral o escrita. Y ello bien porque al formular la pregunta por escrito la respuesta se pueda prestar a contestación ambigua, bien porque no tenga demasiado claro el objetivo con lo cual no “hará diana” al preguntar y se “irá por las ramas”, bien sencillamente porque carezca de los atributos elementales del buen encuestador: tener agudeza mental, soltura de conversación sabiendo llevar el campesino a su propio terreno, humor cuando surgen las contrariedades y “gracia” para preguntar.

Como en apartados anteriores, termino éste proponiendo un modelo de encuesta breve, susceptible de realizar de forma oral o escrita y en cualquier parroquia o aldea de Galicia, por ser muy general. Lo que con ella se pretende es detectar áreas de influencia y precisamente con su aplicación y vaciado se ha publicado en 1985 en la revista francesa *NOROIS* un amplio artículo sobre el área de influencia de Santiago de Compostela, suscrito por mí en colaboración con dos colegas santiagueses y otro de la Universidad gala de Angers.

Texto de la encuesta

Nombre de la parroquia

Advocación

Ayuntamiento

Provincia

- 1.- ¿Dónde se venden –habitualmente, bastante a menudo o a veces– los productos de esa parroquia?: trigo, vino, patatas, legumbres, animales de corral o granja, huevos, leche, reses vacunas, terneros, ovinos y cualquiera otros productos no mencionados aquí.

- 2.— ¿Hay cooperativas o asociaciones? ¿Desde cuándo? ¿Para qué productos?
- 3.— ¿A qué sitio se acude desde esa aldea o parroquia a comprar y vender? ¿Por qué? ¿Con qué frecuencia?
- 4.— ¿Se celebra en algún o algunos lugares de esa parroquia mercado o feria? ¿Desde cuándo?
- 5.— ¿Qué área de atracción tiene? ¿Ha cambiado en estos últimos 15 ó 20 años? Díganse qué cambios ha habido y las razones de ellos. Conviene obtener una relación de todas las parroquias que concurren y concurrían (distinguiendo unas de otras) a ese mercado o feria.
- 6.— ¿Dónde tienen los habitantes de esa parroquia su dinero?: ¿en el Banco?, ¿en la Caja de Ahorros?, ¿en otro lugar: cual?
- 7.— ¿Existe en esa parroquia sucursal de algún Banco o Caja? ¿De cual?
- 8.— ¿A qué localidad se va desde esa parroquia a: Colegios de E.G.B., Institutos de Bachillerato, Colegios privados, Centros de Formación Profesional, Centros de Capacitación Agrícola, etc.?
- 9.— De las aldeas de esa parroquia ¿a qué localidad van al: médico general, médico especialista, hospital o sanatorio, abogado, notario, cine, baile o sala de fiestas?
- 10.— ¿Qué periódicos se leen ahí: ¿Son regionales tipo La Voz de Galicia o El Faro de Vigo? ¿Son locales tipo El Correo Gallego? ¿Proceden —habitualmente, bastante a menudo o a veces— de La Coruña, El Ferrol, Lugo, Orense, Vigo, Pontevedra, Santiago, otro lugar?
- 11.— ¿A qué lugar se acude a comprar —habitualmente, bastante a menudo o a veces—: tejidos y confecciones, muebles, maquinaria agrícola, abonos y semillas, frutas y legumbres, aparatos eléctricos, motos y bicicletas, coches, otras compras?
- 12.— Si hay habitantes de esa parroquia que vayan a trabajar a otra o a un pueblo o ciudad: ¿a cual?, número aproximado de personas que va, ¿qué trabajos desempeñan (empleados, obreros...)?, ¿van y vuelven cada día?, ¿cómo van y vienen: andando, en bicicleta, en moto, en coche particular, en autocar, en ferrocarril, etc.?
- 13.— ¿Hay habitantes de lugares vecinos que vengán a trabajar a alguno de esa parroquia? ¿A cual? Háganse iguales matizaciones que para la pregunta anterior.
- 14.— ¿Es esa parroquia en general, o alguna de sus aldeas en particular, lugar de veraneo? ¿De dónde proceden los veraneantes? ¿Por qué?
- 15.— Emigración. ¿Dónde se van? ¿A otros lugares de Galicia o fuera de ella? ¿Han cambiado en los últimos 25 ó 30 años los lugares de destino? ¿Por qué causas sí o no? ¿Dónde se iban antes y dónde ahora? ¿Por qué?
- 16.— Añada cualquier pregunta que sobre este tema juzgue usted interesante y no ha sido formulada. Y complétela, lógicamente, con la respuesta.

Llegada al final de estas consideraciones de tipo didáctico sobre la Geografía, por fuerza incompletas, termino realizando una única pregunta de lo que podría ser una gran encuesta: El geógrafo ¿nace o se hace? Y respondiendo: Depende. Y depende mucho, casi del todo, del que forma y enseña. Depende del maestro. Esta afirmación, de la que espero no arrepentirme nunca, la formulo en Santiago, el día 28 de enero de 1986, festividad de Santo Tomás de Aquino y 25 aniversario de mi docencia universitaria.